



Asociación de Psicología de Puerto Rico

PO Box 363435 San Juan, Puerto Rico 00936-3435

Tel. 787.751.7100 Fax 787.758.6467

www.asppr.net E-mail: info@asppr.net

Revista Puertorriqueña de Psicología
Volumen 15, 2004

Sección Especial

Cincuenta Convenciones:

La Psicología como Enlace

Panel Magistral presentado en la Quincuagésima

Convención Anual de la APPR

7 de noviembre de 2003

A Modo de Introducción

Irma Roca de Torres
Universidad de Puerto Rico

La Asociación de Psicología celebró su Quincuagésima Convención Anual en noviembre de 2003, a pocos meses de cumplir cincuenta años de su fundación el 17 de febrero de 1954. La fecha felizmente coincidió con el aniversario 50 de la carta cursada por el doctor Efraín Sánchez Hidalgo a sus colegas invitándoles a reunirse para organizarse como una asociación profesional.

Al celebrar esta Convención tan especial, se proveyó un espacio para reflexionar y analizar el papel que la Asociación ha tenido durante su desarrollo como disciplina. Al evaluar los títulos de las convenciones previas nos percatamos de que consistentemente la APPR dedica su Convención Anual a ponderar asuntos de importancia en la sociedad puertorriqueña. Hemos discutido la Psicología y la Salud Mental, la Educación, la Criminalidad, la Retardación Mental, la Práctica, la Familia, las Personas con Impedimentos, la Enseñanza, la Responsabilidad Social, la Salud, el Arte y la Cultura, el Desarrollo Humano, la Psicología Social, las Ciencias Sociales, los Retos ante un Nuevo Milenio y nuestro Pasado, Presente y Futuro como disciplina.

Algunos de estos temas se han abordado en más de una ocasión. En el medio siglo transcurrido hemos presentado a la Psicología como una disciplina que se relaciona con y enlaza otras múltiples disciplinas del saber humano. Una disciplina que facilita el desarrollo del ser humano en diferentes escenarios y desde una gran diversidad de perspectivas. Una disciplina que facilita el proceso creativo y, por ende, el quehacer cultural de un pueblo.

El Panel Magistral de la Convención de 2003 se dedicó a presentar cómo un trasfondo en psicología puede facilitar y enriquecer el quehacer profesional en otras disciplinas. Los panelistas puntualizaron su experiencia personal y su desarrollo en diversos campos profesionales, señalando las coincidencias y lazos entre la psicología y otras profesiones. Se reunió a tres profesionales reconocidos que, además de psicólogos, se han desarrollado en otras disciplinas. A continuación unos breves datos biográficos de los panelistas, seguidos por las ponencias que cada uno presentó.

Hiram Montalvo—Pintor puertorriqueño reconocido ampliamente en las artes plásticas, en y fuera de Puerto Rico. Antes de desarrollarse profesionalmente en la pintura obtuvo una maestría en psicología. Incursionó en la práctica profesional, integrando su visión humanista y trascendental del ser humano. Desde su perspectiva, la Psicología se enlaza en el cosmos o el universo, facilitando la comunicación con todos los aspectos que lo componen.

Pascual Merlos—Psicólogo español radicado en Puerto Rico desde hace más de dos décadas, que posee además un doctorado en Medicina. Está licenciado en Puerto Rico en ambas disciplinas y las practica en su consultorio privado, ofreciendo a las personas que solicitan sus servicios un tratamiento integrado, que combina lo mejor que cada disciplina puede ofrecer.

Francisco O'Neill Susoni—Psicólogo, Abogado, Profesor Universitario, Actor, Cantante, en fin, un ser humano renacentista, nacido y desarrollado en Puerto Rico. Practica la Psicología Clínica desde una perspectiva humanista, donde reconoce al ser humano como una persona integral con la capacidad de participar activamente en su tratamiento.

Cómo mi Adiestramiento Como Psicólogo ha Influido en mi Trabajo Como Artista

Hiram Montalvo

“La imaginación es una realidad síquica. Blake, Yeats y otros le han visto como un flujo divino, una fuerza revolucionaria y transformadora que regenera la vitalidad”. (Shawn McNiff, *Art as Medicine*)

Al encontrarme con el planteamiento de cómo mi adiestramiento como psicólogo ha influido en mi trabajo como artista, mi primera reacción fue: este planteamiento está al revés, porque yo he sido artista desde que nací (por genética), pero como psicólogo tuve que adiestrarme formalmente. Esto no implica que no haya recibido también adiestramiento como artista, pero la inclinación y la sensibilidad para ese tipo de actividad me llegó de fábrica por el lado materno y comenzó a manifestarse desde la cuna. Todo lo que pudiera marcar la superficie, ya fuese con color o raspando, lo utilizaba para crear símbolos en los muebles, paredes, pisos y papeles.

Mi primer acercamiento a la psicología ocurrió también muy temprano, cuando contaba apenas 13 o 14 años de edad, a través del contacto con mi hermano Braulio, cuyo trabajo como psicólogo algunos de ustedes conocen. La interpretación de sueños, la terapia familiar y otros temas relacionados a la psicología llegaron a mí por medio de la interacción con él.

Otros descubrimientos afines fueron filosofías como el Taoísmo, el Budismo Zen y la poesía Haiku, todos parte de la cultura oriental y todos conceptos que arrojan luz o apuntan hacia el orden subyacente a las cosas; ese misterioso hilo que atraviesa el corazón de la vida en toda su magnitud.

Por consiguiente, desde los inicios de mi carrera como artista, la forma de abordar el material que producía, venía

dotada de: primero, **una capacidad de observación del fenómeno que no era puramente personal** (primera aportación de mi adiestramiento como Psicólogo). Me involucraba con la presencia de los elementos inconscientes o espontáneos más que con aquellos concientes o intencionales. De ahí: segundo, **el respeto por la manifestación que se presenta a través de la obra** y tercero, **el establecimiento de diálogo entre sus partes**. Para mí las imágenes no son vistas como proyección de una mente individual, sino como producto de un proceso de **interacción y filtración** en que mi mente y cuerpo sirven como cedazo para el arribo de las mismas.

Otra aportación del Psicólogo a mi trabajo como artista la ilustra: cuarto, **la capacidad para el análisis y la observación minuciosa de la información recibida**. En el tipo de trabajo del artista que respeta el elemento espontáneo, el encuentro con formas inesperadas y los hilos conductores que los unen, conlleva algún nivel de conciencia que ha sido ayudado por la mente observadora y analítica del psicólogo. Aún así cuando pinto, por más atento que pueda estar al proceso y al producto final, en muchas ocasiones, no es hasta meses o años más tarde que encuentro la conexión entre ciertos elementos de la obra y algún evento en mi vida, o en la vida del colectivo. (Para ilustrar esto, les presento y comento la obra *La Ofrenda* y también la miniatura *Con la Corriente*).

Debo admitir que durante los años de mi adiestramiento universitario como Psicólogo, el respeto por los aspectos intuitivos y espontáneos de la condición humana no era visto con muy buenos ojos. Había entonces, y quizás es importante que persista, una insistencia en ser estrictamente científico y, como me indicaron cuando quise hacer una tesis sobre intuición y diseñar un instrumento para medirla: “ya eso lo había hecho Jerome Kagan de la Universidad de Harvard,

por consiguiente para mí sería un ejercicio fútil". Este decepcionante inicio me llevó por una serie de senderos (internos y externos) donde reinaba algo de insatisfacción y la sospecha de que para mí, el camino debería ser guiado por la intuición independientemente de la conveniencia.

Entiendo que ahora es importante que les narre una experiencia acontecida durante 1957 cuando yo tenía 10 años de edad. Un domingo cualquiera, de esos en que la familia salía a almorzar fuera, nos detuvimos a ver los nuevos modelos de automóviles Chrysler cuyas facilidades eran entonces en Puerta de Tierra. Allí mi padre, mi hermano Edwin y yo contestamos una serie de preguntas para un concurso mediante el cual, el que más se acercase al precio correcto al adjudicarlo a veinte piezas de vehículos Chrysler, se ganaba un automóvil. Yo, a pesar de que aún hoy día no conozco nada sobre piezas de autos, me sentí guiado por una fuerte sensación de que de algún lugar me iban a llegar los precios correctos y de que yo sería el ganador del codiciado automóvil. Meses más tarde, mi familia insistía con fastidio en que ya todo eso había pasado y que yo me debería olvidar del bendito concurso, pero en mi corazón o en algún espacio cercano al estómago, yo **reconocía** (sabía) que me había ganado el auto. Un buen día se recibió en la casa una llamada telefónica confirmando mi sospecha y estableciendo para siempre esa absoluta confianza que todavía sostengo cuando siento las cosas en ese espacio particular de mi cuerpo o quizás de mi energía total. Hablo de energía porque simpatizo con los conceptos y teorías de la física cuántica y sé que lo único que cambia es la forma. Es desde ahí, desde ese lugar común que he abordado mi vida como ser humano, como Psicólogo y como Artista, dando siempre un lugar de preferencia a mi intuición.

Volviendo al adiestramiento oficial como Psicólogo, vale señalar que: cinco, **la atención al comportamiento no verbal** ha sido otra aportación de éste a mi tarea como Artista. Debo

admitir que tanto esta tendencia como la confianza en la intuición y en el elemento espontáneo han sido utilizados por el artista con una libertad que el psicólogo no pudo desplegar. Del respeto por este aspecto de mi experiencia ha surgido la identificación de conocimiento premonitorio de algunos sucesos y lugares en mi vida. Permítanme compartir con ustedes un pequeño escrito que utilicé como introducción al libro de obras en miniatura que publiqué en el 2002 en mi libro *Joyas, Miniaturas de Hiram Montalvo* :

Hace alrededor de veintiún años me senté a describir lo que en algún nivel muy íntimo entendía que era la esencia de mi pintura. Hoy, revisando nuevamente aquellos papeles, reconozco que perdura en mi trabajo la misma esencia a pesar de los cambios que pueda haber sufrido su forma. Mi consigna durante los treinta años que he estado pintando (independientemente de los conocimientos adquiridos y del ejercicio de la técnica) ha sido la lealtad al elemento espontáneo. Es allí donde he descubierto la libertad para acceder información que en ocasiones no comprendo pero que de algún modo (con el tiempo y con la ayuda de los espectadores) me es dado entender o al menos atisbar.

Si miran con detenimiento algunas de las que se encuentran en este pequeño libro, habrán de notar que en ellas aparecen seres bien definidos junto a otros menos definidos o casi imperceptibles. Tal parece que habitan en otra dimensión menos visible, o que están en proceso de materialización o de sutilización, o que pertenecen a otro tiempo aunque aparecen dentro del mismo espacio.

Más interesante aún, si muestran el trabajo a otros o lo miran en futuras ocasiones, éste se encarga de alterar la percepción de aquellas formas que originalmente descubrimos, ofreciéndonos fácil acceso a otras posibilidades.

Existen entre mis obras cuatro piezas (dos de ellas miniaturas aquí incluidas) y dos de formato grande (no incluidas) que han ido más allá del juego de la percepción y me han señalado a eventos de mi vida futura. Las miniaturas tituladas *El Instante Sagrado* y *Con la Corriente* me han regalado acceso anticipado a dos montes sagrados: uno de ellos en la cordillera Sangre de Cristo en Nuevo Méjico (pintado un año antes de visitarlo) y el otro el Monte Cook en Nueva Zelandia pintado siete años antes de conocerlo. Las dos montañas son picos nevados o montes blancos como lo es el significado de mi nombre, **Montalvo o Monte Albo**.

Parece un tanto absurdo que un jíbaro del trópico haya tenido experiencias íntimas con dos montes nevados, pero la realidad es muy amplia, tan amplia como el cosmos.

Las otras dos piezas de las que hago mención tituladas *El Ángel* y *La Ofrenda* surgen con quince años de separación entre ellas. La primera me anunció la muerte de mi madre en 1987 y en la segunda retraté sin saberlo un evento similar (para algunas personas) al de las Torres Gemelas de Nueva York. Esta pieza la pinté seis meses antes del suceso en cuestión.

Ustedes se preguntarán: ¿Y qué importancia tiene eso? En realidad no lo sé; pero siento que apunta

hacia algo que deseo compartir con ustedes, los que han tomado en sus manos este librito.

Por último deseo confesar que la intuición o el respeto absoluto por aquello que habla mi corazón, (que a veces parece estar en la boca del estómago y otras veces en otra parte de mi cuerpo) ha sido la brújula de mi vida desde niño. Allí puedo reconocer mi lugar como eslabón en el caos y en el orden de las cosas y mi permanencia en la energía que se transforma segundo a segundo, día a día, en otra manifestación más de la vida; la gran **Señora Vida** presente en todo lugar, en todas las formas, en cualquier universo (Montalvo, 2002, Prólogo).

A través de este corto ensayo expongo lo que para mí ha sido la esencia de la dualidad armonizada, el encuentro entre el alma y la mente, entre los ángeles y los demonios que en esta dimensión polarizada vemos como opuestos. Mediante el arte siempre será más fácil la expresión de los opuestos, la armonización del caos y la aceptación del hermafroditismo emocional que nos caracteriza como seres humanos. En el plano personal el arte ha pasado a ser el mejor de los sicólogos, mostrándome cómo se integran en un lienzo estos elementos contradictorios (que en ocasiones podrían parecer la locura misma).

En el proceso creativo todas las manifestaciones de la psiquis interactúan libremente sin juicios “a priori”. Por consiguiente, el arte nos ayuda a salir de la perspectiva oposicional y nos permite reconocer que, tanto los demonios como los ángeles, son importantes para la creación.

Los demonios podrían ser libertados de la asociación con el mal si miramos a sus ancestros en la cultura griega, la romana y otras, donde los “daimones” son figuras autónomas

pero familiares, que habitan en el humano y guían sus acciones. Son el poder divino manifestado en la acción, algo más que seres, más bien **un tipo de actividad**. Este tipo de actividad se acerca mucho a aquella que conocemos tanto en nuestro comportamiento como en el de los animales como **rituales**. Andrew Newberg, M.D. y Eugene D'Aquili, M.D., Ph.D., en su libro *Why God won't go away* apuntan al hecho de que la mente del hombre parece poseer una conciencia autónoma que es capaz de observarse a sí misma y que parece ser agudizada por conducta ritualista. O sea, que aquellos comportamientos que tienden a ser repetitivos, rítmicos o de cadencia armoniosa como los mantras, oraciones, bailes o cánticos, como los Gregorianos, sintonizan la mente a experiencias neurológicas que son de naturaleza placentera, etérea y, en ocasiones, nos lanzan a estados alterados de conciencia. Esta inexplicable unidad entre el cerebro biológico y el fenómeno etéreo de la mente, dice Newberg, es el primer aspecto de lo que se ha definido como el potencial místico de la mente. La capacidad para encontrarse con su verdadero ser o esencia, hasta el punto donde los límites entre el cuerpo y la realidad externa desaparecen para entrar en un estado de unidad total y absoluta con el todo.

Entiendo que cuando estoy pintando estoy escuchando la voz de ese ser unitario y esencial que parece ser el centro de todo. Ésta se escucha mejor en el silencio, en el espacio vacío entre un pensamiento y otro. Desde ahí es que se obtiene acceso a manera de radar a información que parece estar disponible desde un gran archivo general, que trasciende en ocasiones el fenómeno del tiempo. Es por eso que tanto religiones como otras filosofías espirituales buscan acercarse a la conciencia total o absoluta, a la mente despierta o iluminada, pues es allí donde se deshacen todas las fronteras, se nublan los márgenes entre géneros, entre cuerpo y alma,

para poder abrazar el Ying y el Yang de la vida, rindiéndonos humildemente a la totalidad de la experiencia de Ser.

Referencias

- McNiff, S. (1992). *Art as medicine*. Boston, MA: Shambala Publications.
- Montalvo, H. (2002). *Joyas, Miniaturas de Hiram Montalvo*. Monte Albo.
- Newberg, A., D'Aquili, E. & Rause, V. (2001). *Why God won't go away: Brain, science and the biology of belief*. New York: Ballantine.
- Orloff, J. (1997). *Second sight*. New York: Warner.

Acerca de lo Médico, lo Psicológico y la Enfermedad Mental

Pascual Merlos

La Psicología, como decía Ebbinghaus, es una ciencia con un pasado largo y una historia breve, porque aunque surge como ciencia a finales del siglo XIX, a partir de los trabajos experimentales de Wundt en Alemania, su contenido, ya era objeto de interés desde la época de la Grecia clásica. La medicina es una ciencia antigua, venerada y documentada desde antes de la existencia de Galeno y de Hipócrates, famoso por su juramento, cuestionado en nuestros días en el permanente conflicto entre lo ético, lo lucrativo, lo inescrupuloso y lo costo-efectivo.

¿Existe o ha existido la Psicología Médica como disciplina; o es simplemente la combinación arbitraria de dos profesiones diferentes? La Psicología Médica ha coexistido desde siempre con la medicina o ¿no es cierto que el antiguo médico de familia, que visitaba al enfermo en sus casas, no sólo enfrentaba la patología somática del paciente, sino que conocía los aspectos psicológicos y sociales del mismo? ¿No es cierto que hoy en día, con el avance de las especialidades y subespecialidades médicas y psicológicas, se corre el riesgo, o es sencillamente una realidad, que se adopte una visión tubular del hombre enfermo, cuya única perspectiva sea la sofisticada estrechez de cada especialidad, dejando así abandonada la rica dimensión biopsicosocial del ser humano?

Cuando estudié la asignatura Psicología Médica como parte de mi currículo de medicina, se me enseñó que se trata de una disciplina joven, que se ocupa de los factores psicológicos que intervienen en la práctica médica, cuyos

objetivos son los de aportar al médico los conocimientos que le faciliten la recolección de datos biopsicosociales, el establecimiento de relaciones médico-paciente exitosas, el manejo adecuado de los pacientes con alteraciones emocionales que se expresan corporalmente, el abordaje adecuado de los enfermos con alteraciones somáticas que conllevan sufrimiento psíquico, y además, la comprensión más profunda de la psicopatología por parte del médico. La realidad es, que la psicología médica, tal y como se enuncia en las áreas de su interés y en el objeto de su conocimiento, parece en la práctica una ciencia olvidada. Pareciera como si la dimensión psicológica en forma de cogniciones, emociones, temores, ansiedades, comportamientos y la dimensionalidad psíquica del dolor no importara o fuera secundaria. ¡Qué paradoja en el mundo donde el hedonismo prevalece sobre el estoicismo!

Las civilizaciones deben evolucionar hacia el ideal del humanismo y de la creación de sociedades más justas, pero pareciera que lo que debiera ser una direccionalidad convergente hacia la humanización y la justicia social que es nuestro prójimo, se convierte en un prójimo cada vez más extraño y divergente. La tecnología y la ciencia, productos de la superación creativa e intelectual de la especie humana, parecen estar, más al servicio de los ricos e inescrupulosos, porque es cierto el dato de que hoy en el mundo, hay ricos que son mucho más ricos y muchísimos más pobres e indigentes, que no sólo son más pobres sino más míseros, precisamente cuando disponemos de más potencial para crear medios de producción y riqueza.

Después de este inciso, que no pude dejar de mencionar, y volviendo a nuestra línea de pensamiento, ¡qué poco esfuerzo se ha puesto en las escuelas de medicina en cuidar y entender el componente psíquico de la enfermedad humana.

En nuestra necesidad de diferenciar entre lo normal y lo patológico, hemos adoptado el modelo de enfermedad en detrimento del de salud, y aunque personalmente me ha fascinado el estudio y el tratamiento de la psicopatología, sin negar que siempre nos tendremos que enfrentar a ella, debemos hacer más por prevenirla.

Decía Goethe, que la naturaleza parece haberlo hecho todo en base a la individualidad, no sé si esto es cierto, pero me amparo en un viejo adagio, que me ha inspirado toda la vida, que sostiene que "no hay enfermedades sino enfermos". Y es que los enfermos somáticos y los portadores de psicopatología, tienen nombre y apellidos y la misma, toma las particularidades de aquellos que la padecen. Hagan un ejercicio mental y ubiquense por un momento en cualquier hospital del Puerto Rico. Verifiquen si en la práctica es cierto el adagio de que "no hay enfermedades sino enfermos". Muchos hospitales son expresiones crudas y permanentes del síndrome de despersonalización, de desensibilización ante el dolor y ante el proceso de victimización, y de la pérdida de intimidad en el acto de morir.

Realmente, la psicología médica es una joven ciencia olvidada, porque en su determinismo biológico, amplios sectores de la medicina se sienten incómodos o faltos de interés, en atender a su razón de ser desde una perspectiva holística o sencillamente biopsicosocial. La Psicología en la actualidad, en su afán de escindirse en especialidades, está corriendo o corre el riesgo de perderse en los mismos derroteros, lo que representaría el colmo del divorcio innecesario de lo humanista y lo científico, del pragmatismo y el idealismo. La psicología, que indudablemente es una ciencia y profesión, debe autocriticarse periódicamente para que no pierda la esencial perspectiva de su objeto de estudio, el humano y lo humano.

Mientras escribo estas reflexiones, me llegan a la mente como si se tratara de una fiel adherencia a la asociación de ideas del método psicoanalítico, varias facetas y realidades personales que conforman mi manera de pensar y de ser, entre ellas mi época de aprendizaje algo anacrónico en mi etapa puberal, de la filosofía existencialista polarizada entre la trascendencia de Jasper y el nihilismo de Sartre; la facultad de filosofía y letras de Granada en España y la búsqueda del humanismo en las manifestaciones de la cultura y la civilización; un libro de Mahatma Gandhi y dos de Martin Luther King y la consiguiente influencia en la adopción de la no violencia y del antibelicismo; la película *Diario de una esquizofrénica* y el surrealismo de su director, del que no recuerdo su nombre; el ideal de justicia social en una España que era en realidad, y como decía Antonio Machado, las dos Españas, una, la de la dictadura moribunda, que como al poeta, me helaba el corazón; y la otra, la de la democracia joven, creativa, tolerante y solidaria que me hacía llevar a la máxima expresión el derecho a la protesta.

En este entorno y con estas bases fundamentales, nace un psicólogo que a la postre estudió medicina. Fue en España y concretamente en la Universidad Complutense de Madrid, una época de grandes y pocos psicólogos, donde coexistían desproporcionadamente las teorías psicodinámicas herederas de Freud, Adler y Jung, con las teorías del aprendizaje, influenciadas principalmente por las emergentes escuelas norteamericanas desarrolladas a lo largo del siglo XX.

Para que puedan entender la pugna entre los planteamientos de unas escuelas y otras, vean lo que decía mi profesor Luis Cencillo, autor de entre otros muchos libros, *La dialéctica del concreto humano* y cito: "Si por ejemplo, la estructura y el comportamiento del átomo físico, jamás podrán ser investigados a base de datos de la historia del arte

o de la sociología, tampoco podrá ser nunca investigado adecuadamente lo humano y más concretamente la personalidad a base de datos fisiológicos, económicos, sociológicos y zoológicos." Añadía... "la investigación con cobayas nos dará, y resultará en parte útil, lo animal en el hombre y aquellos mecanismos en que este coincide con otros organismos vivos, pero no podrá arrojar un solo dato acerca de lo personal" y en este sentido afirmaba, que lo personal no consiste en lo condicionable, sino precisamente en todo lo contrario, en lo incondicionado a la vez incondicionable del concreto humano.

Obviamente, son planteamientos críticos de un defensor de una de las escuelas psicoanalíticas europeas, contra la psicología experimental y la teoría del aprendizaje, allá por el último cuarto del siglo XX. Aunque Cencillo en su complejidad me impresionó, la vida, los años y mi contemporaneidad, me ha enseñado que quienes se aferran a defender planteamientos absolutos, yerran. Hoy, después de más de 25 años de existencia en un país denso en su tasa poblacional, en su red de carreteras y en la infinita variedad de tonalidades verdes y azules, sabemos que coexisten escuelas que teorizan sobre el concreto humano, desde la psicodinámica del eterno conflicto humano, desde el pragmatismo de la psicología comercial y desde el interés de ubicar al profesional de la psicología, dentro de la impresionante efervescencia de la psicobiología y de los fundamentos biológicos de la personalidad. Baste con trasladarnos a Río Piedras, al Viejo San Juan o a Ponce.

Recuerdo cuánto me gustaba abordar a mis pacientes deprimidos, desde la perspectiva de que la depresión era en realidad una expresión patológica del duelo por la pérdida del objeto humano, como afirmaba Carlos Castilla del Pino, y posteriormente resultó, que esta premisa netamente psíquica,

tenía irremediamente que compartir protagonismo con lo neurobioquímico, y en este incansable desenfreno de la investigación científica en el estudio del cerebro, emerge otra fascinante ciencia joven, la psicobiología. De todo esto, lo lamentable es que a la misma vez que se desarrollan las neurociencias y la psicobiología, se posterguen ciencias entre otras, como la psicología médica, que parten de la premisa de que por muy contundentes que sean los descubrimientos sobre el genoma humano y los sustratos neurobioquímicos del comportamiento y de la enfermedad mental, el ser humano debe estudiarse y entenderse como una totalidad en la que se integran y adquieren sentido único, pero enriquecido por la diversidad, factores biológicos, psicológicos y sociales.

Si Erich Fromm levantara la cabeza, seguramente aportaría señalamientos interesantes sobre nuestra psicología social-comunitaria y diría que Puerto Rico es vivo ejemplo de su premisa fundamental de que el ser humano ante todo se define como un ente social, ya que este influyente autor le concedió especial importancia a la estructura social en la que se desarrolla o forma el individuo. Deberíamos preguntarnos si la estructura de la sociedad puertorriqueña es saludable. Decía Fromm que ante todo, la persona debe ser libre, y que la lucha por su identidad debe ser, en última instancia, la lucha por su libertad.

Aquellos que, como mi profesor Cencillo, menosprecian lo biológico, lo experimental y lo instrumental, están a la misma baja altura, contradicción intencionalmente incluida, de los que en el extremo opuesto, han quedado seducidos por la etiología biológica, ya que no han logrado entender que la realidad humana trasciende lo somático, lo psíquico y lo social; porque el ser humano es un ente indisoluble entre mente y cuerpo que va más allá de determinismos hermenéuticos, procesos de neurotransmisión sináptica o sistemas

condicionadores de tipo social-comunitario. Me siento muy complacido con ser un psicólogo-médico, o como me gusta decir, un psicólogo que estudió medicina, que al mismo tiempo que empuña un bolígrafo para, por ejemplo, escribir una receta de un antidepresivo, siente que el arte de la psicoterapia es insustituible como lo es la individuación de cada ser humano que a diario, tengo el honor de atender, porque sigo creyendo que no hay enfermedades sino enfermos.

Recuerdo que cuando hacía mi internado de medicina, iniciando la ronda de piso en medicina interna con el médico-maestro, entramos en una habitación en la que había una señora de unos 55 a 60 años. El internista, por cierto excelente, después de un inexpressivo buenos días, cogió el expediente, revisó los resultados de las pruebas diagnósticas y de laboratorio, y dijo lacónicamente, “señora, usted tiene esclerosis múltiple”. Y mientras escribía en el expediente, sin mirar a la señora, le dijo: “Le voy a poner una consulta a neurología.” Sin más, salió de la habitación; me percaté de que la señora que estaba de pie junto a la mesita de noche, experimentó un pequeño desmayo, palideció y se sentó en la cama. Ese día me quedé un rato con la paciente y no pasé visita con el médico-maestro porque entendí que en ese momento era más necesario ejercer la psicología médica. En la evaluación de mi rotación por medicina interna había una nota en manuscrito que en obvia referencia a mi persona decía, “excelente, pero usted se mete donde no le importa”.

Al día de hoy sigo pensando que nunca un regaño de este tipo me había reivindicado más en mi creencia de que por encima de la faceta de médico o psicólogo está la de persona, que la ciencia sin humanismo es descivilización, que pragmatismo sin idealismo es egoísmo y que por más que el cerebro pueda comprender al cerebro, este sólo es parte de algo que, en su realidad concreta, y aunque parezca

contradictoria, se llama humanidad. Expresión de esta diversidad, complejidad y totalidad es el paciente drogodependiente, portador en muchos casos de una rica psicopatología, que muchos en su ignorancia, confunden con manifestaciones de las fuerzas ocultas y al mismo tiempo y paradójicamente, representa una de las manifestaciones, más contundentes y fascinantes de la importancia de factores neurobiológicos. Estos definitivamente, permiten entenderlos mejor y aumentar la disponibilidad de tratamientos farmacológicos, como por ejemplo, la efectividad de la buprenorfina en el tratamiento de los pacientes dependientes a opiáceos.

Como profesional de la salud mental quiero, en la parte final de mi reflexión, compartir una especie de denuncia, que como la obra de Cervantes, es universal. ¿Acaso la locura, personificada en la figura de Don Quijote, no ha sido la más universal de todas las contadas literariamente? ¿Acaso ésta no representaba otra cosa que la búsqueda incansable del idealismo de las nobles causas? ¿Habrán estado o estarán locos los idealistas? ¿Habrán relación entre idealismo y locura? ¿Será el idealismo una especie de enajenación mental?

La locura de Don Quijote no sólo era humana, porque humanos son los trastornos mentales, sino buena, bien-intencionada, desprendida, apasionada y justa. Su delirio no era otro que el ejercicio de valores trascendentales, sólo que en etapa y tiempos anacrónicos. ¿Pero acaso alguien podía sustentar que los valores que trascienden al ser humano son anacrónicos? El engaño, la burla descarnada, la mofa virulenta, el fraude malicioso y la utilización del bienestar de todos para el beneficio de una minoría, no sólo no son anacrónicos, sino que nos castigan con la omnipresencia de retóricas que rayan en lo burlesco. ¿Se acuerdan de aquel *slogan* que decía “nuestros niños primero” y de un personaje

cariduro, con nombre de pueblo, pero que precisamente no era fajardeño?

Don Quijote representa la eterna realidad del paciente mental, olvidado, no entendido, burlado, engañado, herido en su honda nobleza, precisamente por los que se adjudican el título de nobles y cultos, y sobre todo, y en sentido peyorativo, por los que se pasan de listos. Sancho Panza es fiel, porque desde su humildad y de su obligado realismo, que es el que emana de la vida cotidiana, por largos momentos, se deja contagiar del idealismo de Don Quijote. Representa lo mejor del pueblo de a pie, pero es víctima de la indefensión de su origen humilde, de su ignorancia y muchas veces de su falta de memoria. ¿A cuántos Sancho Panzas le han prometido en Puerto Rico la ínsula de Barataria? ¿Acaso nos faltarán buenos índices de memoria colectiva?

La obra de Cervantes nunca podrá dejar de ser universal y contemporánea; y no sólo no pierde vigencia sino que es de permanente actualidad, ya que trata de la convivencia del realismo y del idealismo. Es el tratado de la vida y de la realidad de la humanidad en la que los buenos de corazón y ricos de muchas cosas, los justos, los nobles, los humildes, los necesitados y los enfermos, y sobre todo los enfermos mentales, viven existencias dolorosas a causa de la intolerancia, el prejuicio, la miopía de ciertas políticas públicas y la malicia de los especuladores de la vulnerabilidad humana.

Disponemos de una legislación de avanzada en salud mental que contempla derechos inalienables, como paridad entre salud física y mental, abordaje interdisciplinario y rehabilitación más allá de control de síntomas. Pero del dicho al hecho va un trecho que se expresa sencillamente en la falta de aplicabilidad de la ley, en su espíritu y contenido.

¿Qué será de nosotros si realmente nuestros niños no son primero, nuestros adolescentes adolecen de pasividad por ausencia de propuestas creativas, y a los pacientes psiquiátricos y drogodependientes se les deja evolucionar en una cronicidad sin retorno? ¿Qué será de nosotros si los profesionales de la salud mental quedan a merced de los especuladores de la salud o mejor dicho, de la enfermedad mental, obligándoles a entrar en la eterna controversia entre lo ético y lo conveniente o costo-efectivo?

El caballero de la triste figura, ciertamente se debatió a caballo entre la psicosis y la lucidez, pero su lucidez se convirtió en una experiencia depresiva por la amargura de constatar una realidad, donde los caballeros de sus novelas de caballerías se esfumaban conforme se disipaba su delirio. Su vuelta a la realidad, obligada a entrar en la razón de su escueta cotidianeidad, hubiera hecho casi imposible en nuestros días devolverle la felicidad, a pesar de nuestros progresos en psicofarmacología y técnicas psicoterapéuticas. El estado de nuestro sistema de salud mental, de sus protagonistas, los pacientes, los proveedores, los pagadores y el gobierno, es tan desarticulado e incoherente, que la enajenación de cada uno respecto al otro es tal, que adolece de una especie de esquizofrenia que grita a los cuatro vientos ¡sálvese el que pueda! Y es que dice un refrán que “a mar revuelto ganancia de pescadores”, aunque aparentemente en Puerto Rico, los únicos que pescan son los especuladores expertos en finanzas.

Gracias a Dios, el idealismo persevera en muchos seres humanos, manifestándose en la búsqueda de la justicia social, de la nobleza desinteresada por el bienestar de los más desfavorecidos, entre ellos los que tienen problemas de salud física y mental y por ello y con la coherencia del que aplica la honestidad en lo que piensa, siente y hace. Termino esta

reflexión deseando que se proteja a los proveedores de paz mental, sean psicólogos, psiquiatras o de otras disciplinas, porque enaltecen la humanidad y nunca dejarán de ser universales como siempre lo han sido Don Quijote y Sancho Panza.

La Psicología Como Enlace

Francisco O'Neill Susoni

Acertadamente se ha escogido como tema central para esta Convención: "Cincuenta convenciones: La psicología como enlace". En armonía con el tema central el *Boletín de la Asociación de Psicología de Puerto Rico* expresa que "la psicología se proyecta como enlace de la diversidad humana y cultural". Antes de comenzar a desarrollar mi tema deseo hacer constar que no vengo ante ustedes para ofrecerles teorías sobre arte, cultura y psicología. Ni siquiera comparezco hoy ante este foro para hablarles de la psicología como disciplina. A lo más puede decirse que voy a hablarles de la psicología como expresión siempre presente en el arte y la cultura de un pueblo, en este caso, de nuestro pueblo.

Vengo a compartir con ustedes experiencias que he vivido a lo largo de 50 años de estar expuesto a diversas manifestaciones de las artes como coralista por 17 años del Coro de la Universidad de Puerto Rico, fundado y dirigido hasta su retiro por el maestro Augusto Rodríguez; como actor, abogado y psicólogo, como ex-presidente y ahora director artístico de la Fundación Puertorriqueña de Zarzuela y Opereta y también como ex-presidente de la Junta de Directores del Instituto de Cultura Puertorriqueña, desde donde tuve el privilegio de compartir con pintores, grabadistas y artesanos; escultores, músicos y cantantes, dramaturgos, poetas, ensayistas y actores; con la humildad y respeto que requiere del ser humano acercarse al ámbito mítico del arte, y la admiración que provoca el artista que habita ese espacio. Apoyado en la visión de la psicología como expresión siempre presente en el arte, aquella se me asemeja a la araña tejedora que entreteje continuamente el

quehacer del Ser Humano en todo lo que crea, construye e interpreta.

Veamos primeramente el ámbito del actor o actriz. Cuando al actor o actriz se le entrega el libreto de la obra con el personaje que ha de representar, éste ha de examinar la época en que transcurre la acción, la intención del autor con relación al personaje, debe hacer investigaciones de la manera de pensar, decir y hacer de la época, el estado anímico del autor reflejado en su obra y cuán intenso, profundo o superficial es el personaje al que habrá de dar vida. Ha de prestar atención a las instrucciones que imparte el director escénico, los movimientos que señala, los matices de voz requeridas para dar mayor fuerza al personaje. Todo ello se conjuga con la sensibilidad e histrionismo en la interioridad del actor. El personaje y el actor sufren una metamorfosis, transformaciones que han de producirse en cada representación. Aunque noche tras noche el actor es el mismo y es el mismo personaje el que representa, encontramos siempre matices e interpretaciones frescas, novedosas, salpicadas de destellos de improvisaciones creativas. Cuando surge lo imprevisto puede desatarse un proceso psicológico que lleve a la creatividad.

Recuerdo, años atrás, se me encomendó interpretar el personaje de Ernesto en la obra *María Soledad*, del eminente dramaturgo puertorriqueño Don Francisco Arriví. En el tercer acto este personaje tiene un monólogo de unos 8 minutos de duración. Debe aparecer en escena borracho. Pero a través de su borrachera debe reflejar el profundo dolor emocional por el que atraviesa y mover al público a la compasión. El monólogo comienza en el centro del escenario frente a un cemi. Se desplaza hacia el marco escénico de la derecha. El personaje debe subir por unas escaleras, apoyarse sobre la baranda ante el desfallecimiento emocional que siente,

recobrar fuerzas mientras descansa así apoyado y continuar su monólogo hasta salir de escena. Así lo ha marcado el director de escena.

La noche del estreno, al apoyarse Ernesto sobre la baranda, ésta cede y cae de frente desde una altura de 6 a 7 pies. El público grita, Ernesto no desaparece de escena, es decir, el actor se mantiene en su personaje. La dirección escénica se va a pique; las líneas que debían decirse desde la escalera son dichas ahora desde el piso del escenario del Teatro Tapia. La interacción entre el personaje y el actor, ante el evento imprevisto, dispara el proceso interno de transmutación, para dar paso a la creatividad. Como resultado surge el niño en Ernesto, faceta del personaje en la que nunca se pensó. La escena transcurre, y al salir del escenario el personaje, se interrumpe la función momentáneamente ante el aplauso cerrado de un público enternecido por la emoción transmitida por Ernesto, un público que nunca pudo definir si la caída fue accidental o sugerida por la obra o el director de escena. Con razón decía nuestra gran actriz Ángela Meyer, que el día en que el público se percate de que estoy actuando, ese día considero que he fracasado como actriz. Esta frase y la realidad vivida por el actor es cónsona con aquel principio que nos recuerda que hoy no somos lo que ayer fuimos y mañana no seremos lo que somos hoy.

¿Cuántos de los presentes hemos visto obras de teatro representadas en idiomas que no conocemos y aún así han resultado ser experiencias memorables? Los que lo hayan experimentado quizás se hayan preguntado: ¿Cómo es posible que lo logren? Esa fue mi pregunta hace muchos años al presenciar una función memorable del teatro griego del Piraikon en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico. Ahora tengo para mí clara la respuesta: la comunicación no verbal que transmite el actor a través de sus gestos, de la inflexión

de la voz y de la emoción impartida al personaje son algunas de las herramientas para conseguirlo. Las herramientas de los psicólogos y algunos conocimientos generales de psicología pueden contribuir grandemente a enriquecer las herramientas del actor.

En el caso del abogado, el conocimiento de algunas prácticas o técnicas psicológicas es de gran importancia especialmente cuando se dirige al estrado para cerrar el caso o cuando se dirige al jurado. La comunicación no verbal puede servir de estática al mensaje verbal. O lo que es peor, puede comunicar lo contrario a lo que se expone verbalmente. Deseo aclarar que no me refiero a usar estas prácticas como medio de manipulación para hacer aparecer la verdad como mentira o la mentira como verdad. Lo que me propongo resaltar es la congruencia que debe haber entre ambas. Cuando tal congruencia se da el mensaje lleva la fuerza y la claridad que necesita el receptor.

Las técnicas de psicología, no deben utilizarse para evadir la tensión que sufre el actor o el cantante antes de abrirse el telón. La necesita para hacer vibrar el personaje que encarna en el presente inmediato. Como tiene con qué trabajar esa tensión, la misma no degenera en ansiedad. Hace mucho tiempo como actor y coralista lo descubrí y ha venido a ser una verdad para mí. Sobre este punto deseo compartir con ustedes esta experiencia. Siendo miembro de los coros de ópera que cantaron en las seis temporadas que ofreció la Ópera Metropolitana de New York en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico, durante la década de los cincuenta, se dio este incidente. El tenor Kurt Baum ha de cantar el rol principal de Manrico en la ópera *El Trovador*, de Verdi. En el acto IV él está en el calabozo junto a su madre en espera de ser llevado al patíbulo. A un compañero y a mí nos seleccionan para entrar a escena y sacar al tenor de la cárcel y llevarlo al patíbulo.

Se nos había instruido que deberíamos entrar cuando escucháramos la nota alta en voz del tenor. Esa nota se nos había señalado y machacado con el piano. En los ensayos con la orquesta se había ensayado y todo cuadraba muy bien. Ni mi compañero de coro ni yo sabíamos leer música. Todo era de oído. Escuchábamos la nota, entrábamos y sacábamos al tenor. Sin que nosotros lo supiéramos, el tenor, después del ensayo final, convence al Director de Orquesta para que se cante el área completa. Por lo que ahora habrá dos notas altas separadas por una pausa musical en la que interviene, además de Manrico, su madre, Azucena. La noche de la función, al escuchar la consabida nota alta, entramos a escena. El tenor no ha terminado de cantar, pelea con nosotros mientras prosigue con su área. Nosotros forcejeamos, el hombre jadea en su cantar, finalmente da la segunda nota y sale de escena.

Mientras el público aplaude movido por el “verismo” de la escena, tras bastidores el Director de Escena, Anthony Stivanello, nos busca para hacernos trizas. Al día siguiente la crítica elogia al tenor Kurt Baum por el dramatismo y la desesperación proyectada en la escena final.

Esa tarde, durante el ensayo general para la ópera a ser presentada por la noche, Kurt Baum le comenta a Stivanello, el director de escena, más o menos estas palabras: “No lo creía, mis compañeros me decían que no diluyera la tensión en los tres tragos de whisky que tomo antes de que se abra el telón... anoche, no sé por qué no los tomé. Si me los hubiera tomado, cuando esos mocosos irrumpieron en escena, me hubiese dejado sacar y hubiera continuado cantando tras bastidores. Pero sin los tragos, la energía que me invadía, la pasión que me llenaba, me hizo mantenerme en escena vibrando en cada frase, en cada nota que emitía.” Esa noche el tenor descubrió lo que otros, incluyéndome a mí, habíamos

descubierto: ni las técnicas psicológicas, ni el empleo de ansiolíticos ni el alcohol son buenos sustitutos para la tensión antes de subir el telón.

Veamos de pasada la literatura y muy por encima la novela y la dramaturgia. En la novela los personajes pueden dar vida a diversas facetas de la vida del autor o autora. Algunas de estas facetas, inconscientes para el autor o autora, al cobrar vida, le hacen consciente del lado hasta ese momento oscuro para ellos. Refiriéndose a ese proceso expresa Isabel Allende que antes de comenzar a escribir una novela siente en sus entrañas que los personajes pujan por salir, y que cuando salen, la llevan por senderos que no había previsto. En ese proceso de vivir los personajes diversas facetas del autor, se dan confrontaciones y resoluciones momentáneas o duraderas semejantes a la que Fredericks Perls, autor de la *Terapia Gestalt*, considera que se pueden conseguir a través del empleo, por ejemplo, de la técnica del *Top Dog - Under Dog*, o similares a las diversas categorías que crea Eric Verne para hacer viable y manejable el análisis transaccional.

En la dramaturgia el autor puede aprovechar su obra para hacer críticas serias a la sociedad. Ese es el caso de René Marqués, Francisco Arriví, Manuel Méndez Ballester, Roberto Ramos Perea y Adriana Pantojas, entre otros. Sus críticas reflejan la psicología de aquel sector de la sociedad que enjuician y a la vez resaltan la sensibilidad y los valores ideológicos humanistas que dan sentido al autor. En este caso nos topamos con la psicología tejiendo ahora el telar humanista.

Veamos de pasada el campo de la música, y penetremos en el mundo del compositor. La mayor parte de esta concurrencia conoce la pieza musical de nuestro gran Rafael Hernández *Los Carreteros*. Sobre esta pieza, el maestro Augusto Rodríguez, fundador y director del Coro de la

Universidad de Puerto Rico, compuso una fantasía con motivo de madrugada que a juicio de los entendidos ha venido a ser pieza de igual o mayor mérito que la original. ¿Cómo se compuso esta fantasía? Para comprenderlo en toda su extensión es preciso ofrecerles un breve trasfondo sobre los valores que dieron sentido de dirección a su vida y la resonancia cognoscitiva que se da en el maestro. Él entiende que es deber de todo puertorriqueño hacer patria. La patria, decía, no se hace desde la complacencia. La patria se hace a través del trabajo, de comprometer los talentos con los que Dios o la naturaleza nos ha dotado, del parir la creatividad y ponerla en función de servicio a un pueblo siempre a niveles de excelencia.

“Una madrugada, mientras se regresa en guagua de un concierto en Ponce, cansado, exhausto, la salida del sol anunciada por un despliegue de luz que se cuele a través de los montes, el tañir de la campana de alguna capilla resguardada aún por las sombras de la noche; el rítmico sonar de la rueda de madera de una carreta; la voz del carretero que la dirige llamando a sus bueyes por su nombre ¡Pinto! ¡Barsino!; las gotas del rocío y el cantar del jilguero, lo sacude en lo más íntimo de su ser. Al conjuro místico del coquí, del jilguero, de la campana, del rocío, se lanza sobre el pentagrama y desde la misma guagua compone la fantasía coral sobre *Los Carreteros* de Rafael Hernández”.¹

Valores patrios, humanistas, interacción entre ambiente y compositor, disparan procesos psicológicos, o quizás psico-espirituales, que se procesan en la intimidad del maestro. Una vez más, la araña tejedora la encontramos tejiendo desde la unicidad del maestro, proyectándose hacia el ámbito de la universalidad del género humano.

La obra musical, necesita de un intérprete, bien sea ésta música popular, la ópera, el musical, la pieza de concierto o

las composiciones corales. El intérprete ha de ser fiel a la intención, al espíritu de la obra y al estado anímico del compositor reflejado en la pieza. El intérprete habrá de introyectar el espíritu de la obra del compositor y dejarla penetrar a través de su cuerpo, caja de resonancia de sus sentimientos y emociones; y dejar que de la psiquis de éste se produzca la reacción anímica a la pieza. Si hay presente un director de orquesta o de coros, éste cual filtro, ha de buscar el balance entre intérprete y compositor aportando en ese balance su propia interpretación de la obra.

Cuando se da esto que yo llamo “reciprocidad armónica” entre las partes ínter actuantes, es decir entre intérprete, obra y director, se produce magia, una magia especial que envuelve al público, haciéndolo sentir que es parte de la obra interpretada.

Voy a dejarles ahora con el Coro Ex-alumnos de Augusto Rodríguez dirigido por el señor Norman Veve, discípulo y maestro de la entera confianza musical del profesor Rodríguez. Será ésta una excelente oportunidad para experimentar, si se produce, la reciprocidad armónica entre composición, director, el intérprete y el público. (El Coro interpretó la fantasía coral con motivo de madrugada que compuso el maestro Rodríguez sobre *Los Carreteros*, de Rafael Hernández. Ante la reacción de los asistentes, quienes de un halón se pusieron de pie para aplaudir, parece que se vivió la “reciprocidad armónica”).

Se dice que la cultura es el alma de los pueblos. También se dice que los pueblos son hacedores de cultura. Si la cultura es la multi-expresión de los pueblos a través de lo que dice, hace, crea, construye, venera y salvaguarda, podemos afirmar con humildad que invite a la reflexión, que la psicología, como expresión siempre presente, es tejedora del telar que da expresión a una cultura, en este caso de la cultura que define nuestra patria puertorriqueña. La psicología como disciplina

de estudio, investigación, comprometida como está con la preservación de la salud mental de nuestro pueblo, no debe pasar por alto que aquella faceta tejedora de cultura es parte suya y que mientras continúe entretejiendo ese telar, el alma de la cultura sigue viva, sana, dinámica y que es su fuerte aliada en la preservación, prevención y sanación de un pueblo desde el alma de su identidad cultural.

Nota

¹ O'Neill Susoni, F. *Las espigas del sembrador*. Manuscrito inédito.

Reflexión Final

Irma Roca de Torres
Universidad de Puerto Rico

Los panelistas demostraron de manera contundente la capacidad de la Psicología para enlazar y fortalecer la práctica de otras disciplinas. Según Hiram Montalvo, el artista, la Psicología le ha desarrollado capacidad para observar las manifestaciones del Inconsciente, para reconocer la importancia de éste y de su diálogo con el Consciente. Él explica claramente como en su experiencia, el proceso creativo es casi un trance místico, donde el producto surge de su interior como manifestación de fuerzas anímicas inconscientes que él no controla en su totalidad. La Psicología le ha desarrollado, además, su capacidad de análisis y de observación minuciosa y su atención al comportamiento no-verbal, destrezas que le permiten conocer mejor su entorno y su persona y de esta forma plasmar de forma magistral en el lienzo el producto de este conocimiento

O'Neill concurre con Montalvo en la importancia de todos estos factores en el proceso creativo y ambos puntualizan la unión de todos los aspectos del ser humano en dicho proceso. O'Neill describe la creación como un proceso psico-espiritual donde se combinan elementos personales del creador con elementos circunstanciales del ambiente que le rodea.

Para el intérprete o la intérprete de obras artísticas, ya sea actor, actriz, cantante o músico, según O'Neill, la capacidad de análisis y de observación que desarrolla la psicología es indispensable. Este/a intérprete debe estudiar y conocer la intención y el espíritu de la obra o personaje, además del estado anímico del creador o creadora de la misma. Sólo al conocer la obra después de este análisis, puede permitir que ese espíritu

penetre en su ser y se relacione con éste para que la interpretación que surja sea producto del autor o autora, del director o directora y del actor o actriz.

Montalvo puntualiza que el arte facilita "la expresión de los opuestos, la armonización del caos y la aceptación del hermafroditismo emocional que nos caracteriza como seres humanos", dualismo que ha sido postulado por diferentes teorías psicológicas. Termina diciendo que "el arte ha pasado a ser el mejor de los psicólogos mostrándome cómo se integran en un lienzo estos elementos contradictorios (que en ocasiones podrían parecer la locura misma)".

Para O'Neill "la psicología como expresión siempre presente es tejedora del telar que da expresión a una cultura" y "fuerte aliada en la preservación, prevención y salvación de un pueblo desde el alma de su identidad cultural".

Pascual Merlos concurre con los otros autores en que la psicología permite la integración en una disciplina de la presencia dual del ser humano, su mente y su cuerpo, lo físico y lo psicológico. Él postula que la psicología permite a un profesional de la medicina hacer su trabajo de una forma más completa, reconociendo la importancia de integrar la parte psíquica del ser humano a su tratamiento físico. Postula Merlos que la psicología es necesaria para poder entender cualquier condición del ser humano y, sobre todo, "la enfermedad mental".

Este autor critica la práctica de la medicina que no atiende a las personas desde una perspectiva holista e integradora sino desde una perspectiva fragmentada basada en el determinismo biológico. Considera que la psicología en su afán de escindirse en especialidades corre el mismo peligro de la medicina de perder la perspectiva integradora.

Podemos concluir, que de acuerdo a estos tres profesionales, el conocimiento psicológico facilita el

desarrollo del proceso creativo e interpretativo en los campos artísticos. Además, mejora el tratamiento médico al ofrecer una visión más integradora del ser humano. Es decir, que la psicología puede ayudar al ser humano a entender mejor a los que le rodean, a comprenderse mejor a sí mismo y la circunstancia en que se inserta y de esa forma ejercer su profesión de una forma más humana e integradora.

Al terminar el panel, la audiencia disfrutó de un hermoso concierto ofrecido por la Coral de la Universidad de Puerto Rico, coordinado por iniciativa de Francisco O'Neill. Fue un cierre emotivo, que integró el arte a nuestra reflexión científica y creó un sentimiento de alegría y solidaridad en todos los que se reunieron a conmemorar este momento histórico de la APPR.

Boleto de Compra

Intereso comprar ____ copias del volumen ____ de la Revista Puertorriqueña de Psicología, @ \$15.00 por copia. Incluyo cheque o giro postal por la cantidad de _____, pagadero a la Asociación de Psicología de Puerto Rico.

Nombre _____

Dirección _____

Llene y envíe a: Asociación de Psicología de Puerto Rico, Apartado de Correos 363435, San Juan, Puerto Rico 00936-3435.